

José Blanco White: del mundo académico a la heterodoxia

ANTONIO GARNICA
Universidad de Sevilla

Mi intervención se va a referir al pensamiento religioso de un académico, José Blanco White, cuyo retrato se encuentra en este salón, junto con los de sus amigos y mentores Manuel María del Mármol y Manuel María de Arjona, y el de su amigo Alberto Lista, obra este último de Valeriano Bécquer. Blanco se distingue entre todos los académicos de Buenas Letras por su heterodoxia, puesta de manifiesto tanto en su vida como en sus escritos más importantes. Entiendo que la heterodoxia de Blanco anuncia los cambios que van a sufrir las iglesias cristianas al enfrentarse con la crisis de la Modernidad en el siglo XIX, y particularmente en su caso la Iglesia católica, cambios que afortunadamente han sido plenamente asumidos en todos los países civilizados. Desde este punto de vista no creo que sea muy temerario afirmar que Blanco White se revela en sus crisis y en sus escritos como un testigo de excepción de lo que entendemos hoy por religiosidad.

La heterodoxia religiosa de José Blanco White se manifiesta en el transcurso de su vida en tres momentos decisivos, que lo conducirán siempre a un destierro. Estos tres momentos constituyen además tres etapas progresivas que lo van llevando a una interpretación cada vez más liberal del Cristianismo.

Como la mayor parte de la obra de Blanco es una autobiografía más o menos declarada, al estudio de Blanco no le resulta difícil identificar las causas y el alcance de estas manifestaciones de heterodoxia. El mismo manifiesta que siente la necesidad de expresar al público sus sentimientos para que su conducta no pueda ser mal interpretada. No es su caso el de un sacerdote que cambia de religión por razones de conveniencia ni el de un mal español que se va de la España invadida por Napoleón para escapar de un deber patriótico. Pero el investigador tiene sin embargo que realizar la tarea de contrastar las confesiones de Blanco con los datos de la historia y con su coherencia interna en el conjunto de su propia vida como sucede con toda autobiografía.

En esta intervención vamos a hacer un breve análisis de esas tres crisis que hemos mencionado y de sus justificaciones. En los varios escritos en los que explica sus razones nos encontramos con una interesante relación entre heterodoxia y literatura, que se sitúa entre lo que antes hizo Rousseau y lo que años más tarde, en 1868, va a hacer, aunque en distinto sentido, John Henry Newman en su *Apología pro vita sua*,

considerada como la más bella y mejor articulada narración autobiográfica de la literatura inglesa.

En el caso de Blanco nos encontramos con una historia excepcional de múltiple heterodoxia, que ha provocado diversas reacciones en sus críticos. El primero de ellos, Bartolomé José Gallardo, dice que Blanco se va de España huyendo de sus muchas amantes con sus respectivos hijos, para lo que no aporta ningún dato específico. Probablemente fue su manera de entender la conducta algo desgarrada de Blanco en sus años de Madrid lo que lleva a Gallardo a multiplicar el número de Magdalenas Escuayas con sus respectivos hijos, a los que dejó desamparados. Los datos comprobados nos dicen que Blanco tuvo sólo un hijo, Fernando, nacido de su relación con Magdalena, y que en cuanto se enteró de su existencia lo llevó a Inglaterra para su educación. La pobre mujer había muerto varios años antes de que esto sucediera.

Sí es interesante lo que le dice Alberto Lista al hermano de Blanco en carta desde Cádiz el 29 de marzo de 1841. Fernando, alarmado por las tristes noticias que en agosto de 1840 le trae desde Liverpool su sobrina Maria Ana Beck sobre la salud de su hermano y la soledad en la que lo había dejado, busca la manera de traérselo a Sevilla. Le pide a Lista su ayuda para que, en el caso que esto sea posible, Blanco pueda pasar en paz en su ciudad natal los últimos días de su vida. Lista escribe: “Me apresuro a decirte que en el caso en que yo temo que tenga que defender a Pepe no es ni aquí ni contra persecuciones de aquí, sino contra las difamaciones (sic) que viertan sobre él sus enemigos políticos y religiosos, los cuales temo que sean mayores en número y en fuerza en Inglaterra que en España”. No fue posible ese regreso de Blanco a Sevilla, porque estaba demasiado enfermo y débil para aguantar un viaje de los de aquellos tiempos.

Pero para lo que estamos diciendo es más serio lo que dice Lista a continuación: “Cuando nos veamos te desengañaré del error en que estás relativamente a Pepe sobre la mala dirección de su juventud. No es eso. Es menester que sepas que Pepe, como está organizado física y moralmente, y la felicidad, son y han sido siempre dos cosas incompatibles. El nació para ser el juguete y la víctima de la sensación del momento”.

Lista toma como punto de referencia al Blanco sevillano, el Blanco joven que duda y se debate entre seguir el camino del amor humano, que se le presenta varias veces con toda su fuerza, o dejarse llevar por los temores y fervores de su religiosidad y seguir adelante hacia la ordenación sacerdotal. Lista fue testigo directo de todas estas dudas de Blanco en su juventud, así como de su dura crisis personal una vez ordenado sacerdote. Para Lista Blanco no sabe lo que quiere y se muestra como “el juguete y la víctima de la sensación del momento”. Pero no creemos que Alberto Lista fuera un juez muy fiable en asuntos de religión, que para él era una institución social impuesta por el poder y cuya relatividad quedaba demostrada por el hecho de que asumía distintas formas según las circunstancias históricas del país. Siendo

así las cosas la única actitud sensata era el acatamiento y la aceptación externa, que es lo que pedía la sociedad. El mismo concepto de heterodoxia, es decir, el rechazo de la religión nacional por un problema de conciencia era algo que no entraba en la racionalidad de Lista.

El sacerdocio era para aquel ilustre trianero una manera de avanzar en la escala social y en cuanto al celibato, que tanto atormentó a Blanco sobre todo en su etapa española, Lista supo encontrar cautamente la manera de remediarlo.

Muy probablemente en la religiosidad de Blanco encontramos una herencia de sus raíces irlandesas, un sentido trágico y penitente de la religión. A su padre, don Guillermo, la religión lo llevaba a cumplir una larga serie de devociones y mortificaciones, en las que Blanco se veía obligado a participar, como nos cuenta en su *Autobiografía* y en las *Cartas de España*. La diferencia entre Blanco y su padre es que en aquél se manifiesta de distinta manera el sentimiento trágico de la religiosidad. Las penitencias de don Guillermo se convierten en su hijo en una decisión de asumir cualquier sufrimiento personal por ser fiel a su idea de la religión, que él ve como indisolublemente unida a la de la libertad. Se daría en el caso de Blanco una curiosa integración de la severidad tradicional de la religión irlandesa con las ideas más liberales de la Ilustración.

Tampoco otro gran amigo de Blanco, el arzobispo de Dublín, Richard Whately, es capaz de comprender que éste a los sesenta años de edad, cuando ya han aparecido los síntomas de la enfermedad que lo llevará a la muerte seis años más tarde, se vaya de su casa en Dublín donde contaba con el sincero afecto de su familia y abandone abiertamente la Iglesia de Inglaterra para exponerse otra vez –y ahora con más acritud– a las duras críticas de los conservadores anglicanos. Whately hace todo lo posible para que Blanco no llegue a publicar su último libro de controversia religiosa, *Observations on Heresy and Orthodoxy*, al cual nos referiremos más adelante, y en el que el arzobispo ve la expresión de unos sentimientos religiosos demasiado exacerbados.

A pesar de que no hay ninguna duda del sincero afecto de Whately y su familia por Blanco, es bastante explicable esta reacción del arzobispo porque la heterodoxia de Blanco podía afectarle también a él. *Observations* se había escrito en su misma casa y esto hacía que el arzobispo se convirtiera en una persona de sospechosa ortodoxia por haber alojado y tratado como a un miembro de su propia familia a alguien que se mostraba tan claramente heterodoxo. Lo único que le hacía falta a Whately, que ya tenía bastantes enemigos en su Iglesia por sus medidas liberales, es que pudieran acusarlo de heterodoxia oculta. Es bastante lógico que el arzobispo quiera justificarse presentando a Blanco como un hombre que a los sesenta años de entonces y después de haber pasado por serias pruebas ha empezado a dar síntomas de un serio desequilibrio mental.

Ante este estado de cosas, en el que todos los testigos tienen motivos personales para que su testimonio sobre la inestabilidad emocional de Blanco no sea totalmente fiable, sólo nos queda atender a las razones con que el mismo Blanco justifica sus disidencias y ver si hay coherencia entre ellas. Entiendo que, a pesar de sus tres cambios de religión, sí se da esa coherencia y que, como dijimos al principio, son tres etapas sucesivas hacia una interpretación cada vez más liberal del Cristianismo. Esta coherencia no implica que Blanco no haya podido cometer errores en su apreciación de la realidad en un momento determinado, como de hecho sucede, pero hay que añadir que fue capaz de reconocerlo una vez suficientemente distanciado de la presión del momento.

La primera crisis religiosa que sufre Blanco es sin duda la más conocida entre nosotros porque tiene lugar en España. Es el principio y fundamento de las otras dos crisis posteriores y se desarrolla durante un largo periodo de ocho años. Llega a su culminación con su salida de España para establecerse en Inglaterra. Aunque sus raíces se encuentran en los años anteriores a su ordenación sacerdotal, la crisis irrumpe en su vida, según su propio testimonio y no hay razones para dudar de ello, el 13 de junio de 1802, con ocasión del sermón de San Fernando que pronunció en la Capilla Real por invitación de la Brigada de Carabineros. Blanco pierde su fe en la Iglesia a la que pertenece porque la considera como enemiga de la libertad y de la felicidad del hombre. Todo lo que el hombre ha que creer está bien especificado en los dogmas de la Iglesia y en caso de duda hay que estar dispuestos a aceptar sin más el juicio de la Iglesia. Blanco interpreta esta situación como la total negación de cualquier espacio de libertad para la mente humana.

El hombre, por otra parte, es considerado como un ser sometido y arrastrado al pecado del cual sólo puede librarse por una vida piadosa y penitente. En el umbral de la Modernidad y bajo la influencia de Rousseau y de Voltaire Blanco se rebela contra esta idea del hombre. La crisis hace sufrir mucho al sensible Blanco porque se ve obligado a servir públicamente a una Iglesia en la que ha dejado de creer y de la que depende su propia subsistencia y la felicidad de su familia.

Tras muchas incertidumbres y la consideración de otras posibilidades de escapar de su situación se va de Sevilla a Madrid en 1805 con autorización de sus padres que son testigos de los difíciles momentos por los que está pasando pero que se ven impotentes para ayudarlo. Blanco tiene que presentarse en los besamanos del favorito Godoy, hasta que por fin logra conseguir el difícil permiso para establecerse en Madrid donde reside hasta poco después de los sucesos del Dos de Mayo de 1808, de los que fue testigo directo. Hasta que encuentra un puesto en el Pestalozziano vive con mucha escasez de medios en unas condiciones muy precarias. Pero se siente libre al no tener que ejercer el ministerio sacerdotal; dice incluso que jamás entró en una iglesia durante su estancia en Madrid. La crisis culmina con su salida de España el 23 de febrero de 1810, y termina formalmente con la recepción de la comunión en

la Iglesia de Inglaterra el 4 de octubre de 1812, reafirmada dos años más tarde con la convalidación de su ordenación sacerdotal ante el obispo anglicano de Londres. Nunca sin embargo ejerció el ministerio en la Iglesia anglicana ni fue para él un medio de vida.

Su crisis religiosa se hace más aguda cuando se le añade la disidencia política. En 1809, de regreso en Sevilla ante la ocupación de Madrid por los franceses y mientras la Junta Central reside en la capital andaluza, su amigo Quintana le encarga a él y a Antillón la redacción del *Semanario Patriótico*, fundado por él mismo el año anterior en Madrid. Blanco sueña que la Junta Central que gobierna el país durante la ausencia del rey será capaz de hacer la revolución política que necesita España. Sus artículos políticos en el *Semanario* señalan el camino de las reformas que él cree que necesita el país. La reacción de la Junta Central, cuyas ideas políticas no tienen nada ni de innovadoras ni mucho menos de revolucionarias, es la suspensión del periódico. Blanco se convierte en un heterodoxo completo: político y religioso. Cuando en febrero de 1810 está en Cádiz esperando el barco que lo lleve a Inglaterra Blanco duda si quedarse en España o no. Al fin y al cabo pronto se abrirán las Cortes y a lo mejor hay todavía una puerta abierta a la esperanza. Bardají, el gobernador militar de Cádiz, que conoce cómo piensa Blanco, le dice claramente que es mejor que se vaya. Es el empujón definitivo que necesitaba.

Puede sorprender que en un par de años Blanco pase de ser ateo a anglicano. Todavía no ha sido estudiado en profundidad este cambio de mentalidad, pero se puede decir que en la decisión de Blanco influyen varios factores: el ejemplo de sus mejores amigos, entre ellos James Christie y su familia, devotos anglicanos de tendencia evangélica, con los que quiere compartir no sólo su amistad sino también su Iglesia; sus propios sentimientos religiosos y posiblemente el querer afirmar de esta manera su nueva condición de ciudadano inglés evitando así cualquier posible demanda de extradición que pudiera presentar Fernando VII contra él.

La mejor exposición de esta primera crisis está en su *Examination of Blanco by White*, de 1818, un manuscrito de 77 páginas, no destinado a la publicación. Tiene muchas tachaduras e incluso páginas arrancadas, las que se refieren a su vida en Madrid y su relación con Magdalena Escuaya. Publicamos una traducción de este escrito inédito en nuestro libro *Relatos autobiográficos menores de Blanco White*, de 1999 con el título de *White examina a Blanco*. Es una impresionante confesión personal que al principio sigue el modelo dialógico de Rousseau, en la que da las razones que tuvo para abandonar la Iglesia en la que fue educado. El título es muy significativo al subrayar una dualidad que se manifestará muchas veces en su vida: White, su nuevo yo inglés, su racionalidad, su independencia de juicio, examina a Blanco, el español, con sus sentimientos tan sevillanos, sus recuerdos, sus pulsiones más auténticas. Es una palabra un relato que merece la pena ser leído y descifrado para entender el sentido de las heterodoxias de Blanco en sus propias palabras.

La segunda crisis empieza en Oxford en 1829, cuando es duramente atacado por los anglicanos de aquella universidad por haber votado—y haber manifestado públicamente el contenido de su voto—a favor de la reelección de Robert Peel como representante de la universidad en el Parlamento. Votar a favor de Peel era votar a favor de la *Catholic Emancipation*, la ley que iba a devolver a los católicos ingleses los derechos civiles que habían perdido hacía siglo y medio tras la derrota del pretendiente Estuardo en 1680. Los católicos además tenían que pagar el diezmo a las iglesias anglicanas y sólo podían practicar en religión en la más absoluta intimidad. La parte más rica de Irlanda es entregada por el rey Guillermo III de Orange a colonos protestantes, creando un gravísimo problema que todavía hoy no ha sido resuelto,

En la segunda década del siglo XIX el partido liberal —los *whigs*—, entonces en la oposición llevan al Parlamento la cuestión católica: es indigno que en un país libre haya ciudadanos de segundo orden. Los conservadores se oponen con toda su fuerza, porque ven en la ‘emancipación’ civil de los católicos el principio del fin de la supremacía de la Iglesia anglicana.

En estas circunstancias Blanco escribe en 1825 dos importantes libros anticatólicos: *Evidence against Catholicism* y *Preservative against Popery*. En el primero de ellos pretende convencer a los católicos irlandeses de que su religión les impone la intolerancia, que consiguiente les impide tomar parte en el juego libre de la convivencia social. Parece que el resentimiento de Blanco contra la Iglesia católica sigue siendo tan fuerte que pasa por alto el hecho de que los dos libros van a ser utilizados como armas políticas en el debate de la ‘emancipación’.

En este estado de cosas el irlandés Daniel O’Connell es elegido miembro del Parlamento. Se niega a prestar el juramento de fidelidad a la Iglesia de Inglaterra antes de tomar posesión de su escaño y amenaza con una guerra civil si se lo impiden. El gobierno *tory* del duque de Wellington no tiene más remedio que ceder y aprobar la ley contra la voluntad de la mayoría de su propio partido pero con el apoyo de los liberales. El rey Jorge IV se resiste a firmarla porque la considera una traición a su condición de cabeza visible de la Iglesia anglicana.

El voto favorable de Blanco suscita las iras de aquellos mismos que habían aplaudido sus obras anticatólicas y es acusado de palabra y por escrito de traidor. Traidor por partida doble a la Iglesia en la que había nacido y ahora a la Iglesia que lo había adoptado. A Blanco se le hace la vida imposible en Oxford, aquel Oxford en el que había deseado vivir hasta el fin de sus días. Para alejarlo de la ciudad su amigo Edward Whately, nombrado arzobispo de Dublín, se lo lleva a su casa como tutor de su hijo.

Allí se va en junio de 1832. Es su segundo destierro, ocasionado por su inesperado desencanto con la Iglesia que en un primer momento creyó que era la cuna de la libertad. Se pone en marcha un proceso que lo va a conducir a su última y definitiva

heterodoxia: el problema del Cristianismo no está en la forma en que lo interpreta la Iglesia católica sino en la forma en que lo interpreta cualquier Iglesia establecida. Todas las que pretenden serlo son enemigas del cristianismo auténtico al coartar en nombre de Dios, y por su propio beneficio, la libertad del Evangelio. Sólo puede una iglesia llamarse nacional o establecida cuando es aceptada de hecho por la totalidad de los ciudadanos de una nación y no por la decisión de sus gobernantes.

A pesar de que en Dublín Blanco cuenta con todo el cariño de los Whately, con los que pasa momentos inolvidables, su vida sigue siendo difícil, aunque por motivos distintos de lo que le había sucedido en Oxford. Es la primera vez que va a vivir en la tierra de sus antepasados. Comprueba que aquella Iglesia católica de España, la gran enemiga de la libertad, la que ejercía todo el tremendo poder de la Inquisición, la Iglesia perseguidora, tiene en Irlanda otro aspecto muy distinto. Es la Iglesia pobre, la Iglesia perseguida, una Iglesia que no podía imaginarse el autor de *Evidence against Catholicism*. Se da cuenta ahora de que aquel libro, dirigido nominalmente a los católicos irlandeses, para convencerlos de que vivían bajo una Iglesia opresora y enemiga de la libertad, ha sido un grave error, porque ha sido escrito desde su experiencia de España y desde su total desconocimiento de la realidad irlandesa. Él, descendiente de irlandeses emigrados a España a causa de su fe, debería haber estado mejor informado y saber que la iglesia anglicana es por lo menos tan intolerante como la católica. Blanco apenas sale de la casa del arzobispo en la bella plaza de Saint Stephen's Green en el centro de Dublín salvo para trasladarse a la bella residencia campestre de Redesdale.

En estas circunstancias escribe dos obras importantes. Una es la llamada *Second Travels of an Irish Gentleman in Search of a Religion*, de 1833, una novela escrita a requerimiento de Whately como respuesta a otra del poeta irlandés Tomás Moore en la que éste defiende la superioridad de la religión tradicional de Irlanda contra el anglicanismo. La otra es *The Priest's Return to Spain* o *El regreso del desterrado*, como hemos titulado en español esta bella narración inédita, escrita el mismo año, que nació como una inacabada continuación de las *Cartas de España*, que hemos incluido en la quinta edición de este libro.

Second Travels es un libro muy inglés, en cuanto que desaparece la vehemencia española de sus obras anteriores de polémica religiosa para darle amplio campo a la ironía. Va dirigido a todos los irlandeses, católicos y anglicanos, como para demostrar que no quiere ser un libro partidista como *Evidence* sino una reflexión desapasionada sobre el problema religioso de Inglaterra e Irlanda. En los *Travels* de Moore éste le viene a decir a los anglicanos: sí, vuestra Iglesia es la iglesia de los ricos, de los poderosos y la Iglesia católica es la de los pobres y la de los sometidos, pero la nuestra tiene una riqueza de la que vosotros carecéis: es la Iglesia verdadera, la de los primeros tiempos de Cristianismo y goza de la suprema riqueza de su antigüedad.

Blanco en sus *Second Travels* contesta hábilmente a los argumentos de Moore. En primer lugar antigüedad no es lo mismo que verdad porque la ortodoxia triunfante en un momento determinado puede eliminar sin problemas toda huella histórica de cualquier heterodoxia que haya sido vencida. Además las diferencias de creencias religiosas son inevitables ya que en los mismos textos evangélicos se dan ambigüedades que se prestan a diversas interpretaciones dogmáticas y que hecho dieron origen a las 'herejías' ya en los primeros siglos del Cristianismo. De aquí han nacido precisamente las distintas iglesias o confesiones religiosas, que se definen no por lo que creen sino por lo que niegan, no por lo que aman sino por lo que odian. Con demasiada frecuencia las llamadas verdades de fe no son más que las creencias de un determinado grupo religioso a las que se da el nombre de dogmas para convertirlas en arma arrojada contra el grupo contrario. Las auténticas verdades de fe son aquellas que nos hacen mejores cristianos, más fraternales y más amigos de la justicia.

El regreso del desterrado le da la vuelta completa al contenido ideológico de las *Cartas*. Blanco vuelve a España, no a Sevilla, para él la sede del fanatismo católico, sino a una ciudad del norte, probablemente La Coruña, para vivir allí el resto de sus días. El destierro ha demostrado ser un fracaso, una ilusión. Todas las iglesias cristianas son iguales: se aprovechan del nombre de Cristo pero lo usan en vano. Por lo menos la Iglesia católica es más coherente que la Iglesia de Inglaterra, en cuanto que no oculta su intolerancia, cosa que sí hace la segunda.

Su rechazo del anglicanismo se acentúa conforme pasan los días pero, al vivir bajo el techo del arzobispo anglicano, por muy liberal que éste fuese, no tiene libertad para manifestar abiertamente sus pensamientos como hasta entonces había acostumbrado a hacer. El arzobispo conoce cómo piensa Blanco pero confía que sabrá encontrar compensación a su silencio en el cariño que encuentra en su hogar. Blanco piensa, sin embargo, que su silencio es una traición a la trayectoria que ha seguido hasta entonces de ser testigo de la libertad, aun a costa de su felicidad personal. De esta manera en Dublín se desvanece totalmente el sueño de aquella dulce libertad que buscó en un principio en Inglaterra.

En sus años de Dublín Blanco escribe su último libro de controversia religiosa, *Observations on Heresy and Orthodoxy*, en el que expone su final distanciamiento del anglicanismo. Para publicarlo Blanco tiene que cumplir su último destierro dejando la casa del arzobispo para irse a Liverpool, la ciudad de la revolución industrial y laica, lo más opuesto que se pudiera concebir de la anglicana Oxford. Es además la ciudad en la que el grupo religioso más influyente es el de los unitarios, que pretenden formar una congregación que no se parezca en nada a una iglesia, sin clero, sin dogmas impuestos por una autoridad superior, comprometida con la mejora de las condiciones sociales, promotora de la filantropía. Allí se va Blanco en 1835 y allí vivirá hasta su muerte el 20 de mayo de 1841.

En *Observations* empieza Blanco diciendo que al principio quiso escribir una historia de la Inquisición pero sus últimas experiencias religiosas le han enseñado que toda Iglesia establecida tiende necesariamente a la intolerancia y a la persecución. Todo ello se debe al hecho de que las iglesias consideran el evangelio como un repertorio de doctrinas abstractas de difícil interpretación y sobre las que los hombres más buenos y sabios pueden estar divididos. Ahora bien, un Dios misericordioso no puede condenar a los hombres por sus errores, porque se equivoquen en doctrinas difíciles de explicar o de entender, sino porque su conducta moral sea mala y depravada. En cuestiones de fe ni la Iglesia, como dicen los católicos, ni la Biblia, como dicen los protestantes, son unas guías infalibles, sino la conciencia de cada individuo. Por tanto las ideas de herejía y de ortodoxia, vitales para el concepto ortodoxo de Iglesia, no pueden de ninguna manera aplicarse al Cristianismo, que nos pide no una conversión de la mente sino del corazón. Cristo no vino a fundar ninguna Iglesia sino a acabar con la misma idea de iglesia.

No es difícil imaginar la impresión que el libro produjo en Inglaterra. Los conservadores vieron en él hasta qué punto puede llegar la interpretación liberal del Cristianismo, nada menos que hasta la negación de la autoridad de la misma Biblia, la suprema norma de la verdad para los protestantes. Los liberales por su parte, que intentaban introducir reformas graduales en la organización interior de la Iglesia, vieron que el libro exponía ante la opinión pública el peligro de que su política condujera a la destrucción de la Iglesia anglicana. El mismo J.H. Newman ve en el libro las tristes consecuencias a las que la heterodoxia puede arrastrar a un hombre bueno y sincero como Blanco.

Blanco se dedica en los últimos años de su vida a revisar las obras escritas para defender a la Iglesia anglicana para limpiarlas de 'todo espíritu de partido', revisión que se extiende a sus memorias autobiográficas. Impresionan las tachaduras que se ven en ellos y las notas marginales, que muestran hasta qué punto se distanció de aquella iglesia que en su primer momento le había parecido la mejor garantía de la libertad de conciencia.

A pesar del avance de su enfermedad los cuatro primeros años de su nueva vida están llenos de actividad. Parece que ha encontrado la paz elusiva que buscaba. Vuelve a recuperar su gusto por la crítica literaria, que había practicado en su revista *Variedades*, pero esta vez es Shakespeare su autor favorito, ya presentido en los artículos de aquella revista. Como una manera de volver espiritualmente a España vuelve a escribir poesía en español e incluso lo hace así en su última e inacabada novela, *Luisa de Bustamante*. Su novela *Vargas* había sido en 1825 una exaltación de Inglaterra —la tierra de la libertad— a costa de España —la cuna de la Inquisición—, pero ahora *Luisa de Bustamante* en 1839 es una dura crítica del cinismo de la mejor sociedad londinense y una postrera recuperación de la patria perdida. Blanco al final le gana al final la partida a White.

No queremos terminar sin hacer una última consideración sobre el pensamiento religioso de Blanco. Las iglesias establecidas que criticó Blanco, tanto la católica como la anglicana, son hoy hechos del pasado y en todos los países civilizados impera hoy la libertad religiosa. Todas las confesiones religiosas han sentido el fuerte impacto de los cambios políticos y sociales y todas las revoluciones y guerras de los dos últimos siglos así como de los avances de la ciencia moderna que han cuestionado creencias que parecían sólidamente establecidas. A consecuencia de todo ello todas ellas han experimentado la necesidad de establecer una política de reconciliación. Han sido purificadas por duras pruebas porque por muy divino que sea su origen son instituciones compuestas y gobernadas por hombres que muchas veces sólo son capaces de rectificar cuando la voz de Dios los interpela con fuerza en la persecución y en la adversidad. Con lógicas dificultades, debidas sobre todo al peso de la historia, intentan también llegar a un mejor entendimiento de sus diferencias dogmáticas, que en su mayor caso son sólo accesibles a los teólogos del pasado o a los más especulativos de entre los actuales. En el caso de los católicos me alegra comprobar que mi Iglesia haya sido la primera y más decidida en pedir perdón por errores del pasado. La mejor prueba que puede dar de su origen divino una iglesia que se confiesa cristiana, y la única que es capaz de entender el hombre actual, es un mayor compromiso con el bienestar de los hombres, sobre todo de los pobres de este mundo. Nos agrada pensar que posiblemente Blanco hubiera tenido menos problemas de heterodoxia con las iglesias de hoy.